

BX 1756

L3  
S4

1854

v.2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso  
Universidad

# SERMONES

PREDICADOS

EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

## SERMON TRIGÉSIMO SÉPTIMO.

**De la vida íntima de Jesucristo.**

Ya conocéis el plan de nuestras Conferencias. Para demostrar la divinidad del Cristianismo, no hemos partido de las profundidades de la metafísica, ni de las regiones remotas de la historia; hemos tomado por punto de partida un fenómeno viviente, palpable, que habita con nosotros hace siglos; hemos hecho su análisis, y os hemos demostrado que bajo la relación de la inteligencia, de las costumbres y de la sociedad, la Iglesia católica presentaba un fenómeno único en la tierra, y por consiguiente divino. Porque todo lo que es humano es múltiple, puesto que lo que pueden hacer algunos hombres en un tiempo y un lugar, lo pueden hacer otros en otros tiempos y otros lugares. De este modo hemos mudado la táctica: en lugar de partir de la base, hemos partido de la cima; en vez de profundizar en los cimientos de la pirámide, hemos mirado á su cabeza y su corona, comenzando por lo más visible para volver á bajar en seguida á lo que está más oculto y sustenta toda la mole. Un escritor de este tiempo había dicho: « El Cristianismo es el mayor acontecimiento que ha atravesado el mundo. » Nosotros hemos dicho de otro modo, y tal vez mejor: el Cristianismo es el fenómeno más grande que se ha naturalizado en el mundo, el mayor fenómeno moral, el mayor fenómeno social, en una palabra, cierta cosa única, y por consiguiente, lo repito, divina.

Pero ¿cuál es la causa primera de este fenómeno? Porque todo

L. II.

008572

fenómeno la tiene. Después de haber considerado lo que apareció, es evidentemente necesario considerar lo que ha producido el espectáculo, lo que es su razón y su apoyo. ¿Quién ha hecho, pues, la Iglesia católica? ¿Quién ha fundado esta sociedad dominadora de los espíritus por la certidumbre, reguladora de las almas por las más altas virtudes, bienhechora del género humano por los nuevos elementos que ha suministrado á la civilización? ¿Quién ha formado bajo una gerarquía de todo punto espiritual é inerte, ese cuerpo en que la convicción, la santidad, la unidad, la universalidad, la estabilidad y la vida, forman un tejido de sobrehumana é incontestable belleza? ¿Quién es su artista ó su artífice? ¿Lo es el tiempo, el acaso? ¿Son muchos, ó es uno solo? Es uno solo, sí, un hombre, es decir, nada; la palabra de un hombre, es decir, un viento que pasa. ¡Hé ahí el artista! Así, Dios ha querido que el fundamento de esta grande obra, fuera en apariencia cierta cosa como nosotros, y que nosotros, tan débiles, tan vanos, sostuviéramos sobre nuestros hombros, como Atlante, el cielo y la eternidad. ¿Quién es ese hombre? ¿Qué nombre tiene en la lengua y en los recuerdos del género humano? No necesito decíroslo; su nombre marcha solo y resuena por sí. Todo hombre lo sabe por amor ó por odio, y al nombrar á Jesucristo, no soy más que el eco tardío de todos los siglos y de todos los espíritus. Jesucristo! pues, Jesucristo! hé aquí el artista; él es quien ha fundado esa Iglesia, cuya inefable arquitectura hemos admirado juntos, hablo de la Iglesia en su forma actual; porque la Iglesia ha existido en la tierra desde el día en que habló Dios á un hombre, y en que un hombre respondió con su corazón á Dios.

Habiendo encontrado al artista, réstanos, señores, estudiar su historia, para juzgar si el artífice corresponde á la obra, y si después de haber visto que la obra era divina en sí, su divinidad podrá también confirmarse por la vida del artífice. Así, pues, la primera cuestión que aquí se presenta, consiste en saber de dónde sacaremos los elementos de esa vida. No es esto difícil. Como todo hombre que ha aparecido en una edad histórica y que es célebre por sus trabajos, Jesucristo tiene una historia, historia que posee la Iglesia y el mundo, y que rodeada de monumentos innumerables, tiene por lo ménos la misma autenticidad que cualquiera otra nacida en el mismo suelo, entre los mismos pueblos y en los mismos tiempos. Lo mismo pues que si quisiera estudiar la vida de Bruto y Casio abriría tranquilamente á Plutarco, así abro el Evangelio para estu-

diar á Jesucristo, y lo abro con la misma tranquilidad. Mas adelante veremos si me equivoqué al admitir esta previa autenticidad; por ahora me satisface, porque estoy en posesión de ella, salvo el volver más tarde nuestros pasos atrás para ver por nosotros mismos los monumentos, y asentarlos sobre una certidumbre digna por su profundidad del santo objeto de nuestra curiosidad. Tomo, pues, provisionalmente el Evangelio por mi título histórico. En cuanto á vosotros, reservad por vuestra parte, cuanto queráis, la cuestión de su autenticidad y veracidad; este es un derecho que no os disputo, así como sé que sois bastante justos para respetar, por lo menos provisionalmente, en el Evangelio, la fe de veinte siglos y el peso natural de cosas que se enlazan entre sí y con el todo.

Señor Jesús, después de diez años que hablo de vuestra Iglesia á este auditorio, lo que en el fondo es hablar siempre de vos, llevo hoy más directamente á vos mismo, á esa divina figura que es todos los días objeto de mi contemplación, á vuestros pies sagrados que he besado tantas veces, á vuestras manos amables que me han bendecido con tanta frecuencia, á vuestra cabeza coronada de espinas y de gloria, á esa vida cuyo perfume respiré desde mi nacimiento, que desconoció mi adolescencia, que reconquistó mi juventud, y que mi edad madura adora y anuncia á todas las criaturas. Oh padre! oh maestro! oh amigo! oh Jesús! secundadme más que nunca, pues que estando más próximo á vos, conviene que así se conozca y que saque yo de mi boca palabras que muestren esa admirable proximidad.

Hay dos vidas, la vida exterior y la vida íntima. La vida exterior no sería nada sin la vida íntima. La vida íntima es el sustentáculo de la otra, y por consiguiente, al querer estudiar la vida de Jesucristo, lo primero que debo hacer es estudiar su vida íntima. Pero ¿qué es la vida íntima? La vida íntima es la conversación que uno tiene consigo mismo. Todo hombre conversa consigo, todo hombre se habla, y la palabra que se dice á sí mismo, es su vida íntima, como la palabra que se dice Dios desde toda eternidad en el misterio de sus tres santas personas, es su vida íntima. Todo hombre, toda inteligencia tiene esta palabra de adentro, esta conversación consigo mismo que es su verdadera vida. Lo demás es solo una apariencia, cuando no es el producto de esta vida íntima. Esta vida es todo el hombre, la que constituye todo el valor del hombre. Hay quien lleva manto de púrpura y no es más que un miserable, porque la palabra que se dice

á sí mismo es la palabra de un miserable; y hay quien pasa por la calle, descalzo, cubierto de harapos, y es un grande hombre, porque la palabra que se dice á sí mismo es la palabra de un héroe, ó de un santo. En el día del juicio será cuando se vea esa vuelta de lo de fuera adentro, y conocido el coloquio interior de cada hombre comenzará la historia. En la actualidad andamos como podemos de la vida exterior á la íntima; porque si no se nos hubiera concedido el don de juzgar de lo interior por lo exterior, si nuestra vida externa fuera otra cosa que una traspiracion permanente de nuestra vida íntima, seríamos solo espectros para unos y otros; pasaríamos sin vernos, cual máscaras que se cruzan de noche. Felizmente, y gracias á Dios, hay lumbreras por donde se escapa nuestra vida íntima en todo instante, y el alma tiene sus poros como la sangre. La boca es la primera y la mas ilustre de esas vias que llevan al alma fuera de su invisible santuario, pues el hombre comunica al hablar con los labios esa palabra secreta que es su verdadera vida. Y aunque todo hombre habla así desde dentro á fuera, hay hombres sin embargo en quienes esta manifestacion de sí mismo es mas indispensable, mas exigida, mas auténtica. Tales son los que se presentan al mundo con doctrinas destinadas por ellos á convertirse en leyes. Porque la primera respuesta que les da el mundo es la siguiente: ¿Quién sois? ¿Qué decís de vosotros mismos? así como los sacerdotes de Jerusalem enviaron á preguntar á Juan en el desierto: *¿Tu quis es, quid dicis de te ipso?* (1). Ante todo, puesto que eres un hombre diferente de los demás, dinos lo que eres, lo que afirmas de tí mismo. *¿Quid dicis de te ipso?*

Y no es poco, señores, obligar á un hombre á que diga lo que es, ó lo que cree ser. Porque esta palabra soberana del hombre, esa única palabra que va á decir de sí y acerca de sí, decidirá de todo, será la base de que se partirá para juzgarle. Será preciso que todos los actos de su vida estén desde este momento en relacion con la respuesta dada á la pregunta: *¿Quid dicis de te ipso?* Y por consiguiente, cuando Jesucristo apareció en medio de los hombres para traerles leyes nuevas, una sociedad nueva, hubo de pasar por esta necesidad de decir lo que era, y con esa necesidad, por la indefectible prueba que lleva consigo. En primer lugar debió manifestarse á sus discípulos y amigos, diciéndoles lo que pensaba de sí mismo; ¿y qué les dijo?

(1) San Juan, cap. 1, vers. 22.

Un día, en Cesaréa de Filipo, preguntales de esta manera: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Y ellos respondieron: *Los unos dicen que Juan el Bautista; los otros que Elías; y los otros que Jeremías ó uno de los profetas.* Y Jesus les dice: *¿Y vosotros quién decís que soy yo?* Respondió Simon Pedro, y dijo: *Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.* Jesucristo, lejos de rechazar esta palabra como una blasfemia, la acepta como una verdad que le agrada, y responde á Pedro: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.* Y en seguida añade como recompensa de la fe de su discípulo: *Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1).

Así pues, Jesucristo se presenta á sus discípulos como el hijo de Dios, no como el hijo de Dios, en el sentido en que todos lo somos, sino como el hijo de Dios en el sentido propio y verdadero; de otro modo no hubiera manifestado á su Apóstol, en términos tan singulares por su energía, el gozo que le causaba su confesion. Además en otras ocasiones se expresa con ellos mas claramente, si es posible. Felipe le dice: *Señor, muéstranos al Padre, y nos basta.* Jesucristo se indigna de su demanda, y le responde: *Cómo! ¿hace tanto tiempo que estoy con vosotros y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Cómo pues tú dices: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?* (2). Y en otra ocasion, queriendo siempre manifestar mas su filiacion divina, decia á un discípulo todavía perplejo: *Tanto amó Dios al mundo, que dió por él á su hijo unigénito.... El que cree en él no está condenado; mas el que no cree en él está condenado, porque no cree en el nombre del hijo único de Dios.* Jesucristo, pues, se presentaba como el hijo de Dios sin semejante y sin segundo, en tan riguroso sentido, que él estaba en su Padre y su Padre estaba en él, y que verle á él era ver á su Padre.

Esto en cuanto á los amigos y discípulos; pero además de los amigos y discípulos, hay otro tribunal donde es preciso que se presente toda doctrina nueva, y ese tribunal es el pueblo. Despues de haber hablado en secreto á los escogidos, es preciso salir de la estancia, aparecer en público, hablar á hombres de toda edad, de todo sexo, de todas condiciones; á hombres que no han descansado sobre

(1) S. Mateo, cap. 16, vers. 13, 14, 15, 16, 17 y 18. — (2) S. Juan, cap. 14, vers. 8, 9 y 10.

el pecho del Maestro, que no han recibido la educacion de la amistad, que no saben lo que se quiere de ellos, que oponen á la palabra doctrinal mil pasiones mezcladas con mil preocupaciones. Jesucristo lo hizo así, oyó bramar á la muchedumbre en su rededor, y no se asombró de la cuenta que tenia que darle. *¿Hasta cuándo, le gritan tendrás nuestra alma en la duda? Si tú eres Cristo, dínoslo abiertamente.* Jesucristo les responde: *Os lo digo, y no me creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, estas dan testimonio de mí...* (1). *Mi Padre y yo somos una misma cosa* (2). A esta palabra, que lo dice todo, los judíos toman piedras para apedrearle, y Jesus les dice: *Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais?* Los judíos le responden: *No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á tí mismo* (3). El lenguaje de Jesucristo, tal como lo hablaba al pueblo para enseñarle el origen y la mision de su nuevo maestro espiritual, era un lenguaje exento de toda afectacion y oscuridad. Decíale sin temor esta expresion terrible: *El Padre y yo somos una misma cosa.*

Pero sobre el pueblo, masa confusa, cuya voz es la voz de Dios y tambien la voz de la nada; sobre el pueblo, que es juntamente la mayor y la menor de las autoridades, levántase en la calma, la vigilancia y el respeto de sí misma, la representacion mas alta del derecho y de la verdad. Toda nacion tiene una magistratura suprema que une en sí la gloria y las luces del país, y allí comparece al cabo toda doctrina que ha reivindicado el imperio, violentando real ó aparentemente las tradiciones recibidas. Jesucristo no podia eximirse de esta ley general del orden humano. Así es citado ante el consejo de los ancianos, de los sacerdotes y de los príncipes de la Judea. Despues de testimonios mas ó menos inconsistentes, al fin el gran sacerdote quiere fijar la cuestion; levántase y dirige al acusado este solemne conjuro: *Por el Dios vivo te conjuro que nos digas si tú eres Cristo, hijo de Dios* (4). Jesucristo sin conmoverse, le responde estas dos palabras: *Ego sum. — Yo lo soy.* Y para confirmar su confesion con la magestad del discurso, añade inmediatamente: *Y aun os digo que vereis al Hijo del hombre sentado á la derecha del poder de Dios, y venir en las nubes del cielo* (5). Entonces el gran sacerdote rasga sus vestiduras: *¿Qué necesidad tenemos de testigos?*

(1) S. Juan, cap. 10, vers. 24 y 25. — (2) Ibidem, vers. 30. — (3) Ibidem, vers. 32 y 33. — (4) San Mateo, cap. 26, vers. 63. — (5) San Marcos, cap. 14, vers. 62.

exclama; *acabais de oír la blasfemia; ¿qué os parece?* (1). Y todos le juzgan reo de muerte. Llévane al presidente romano, el cual, no hallando motivos para condenarle, quiere ponerle en libertad; pero los príncipes del pueblo insisten: *Tenemos ley, y segun la ley debe morir, porque se hizo hijo de Dios* (2). Pilatos entiende tan bien la cosa, que su oído romano, y por consiguiente religioso, fija la atencion; llévase pues aparte á Jesucristo, y le pregunta lleno de temor de dónde eres: *Unde es tu?* (3) Jesucristo calla, y confirma con su silencio cuanto le acusan de haber dicho de sí mismo, y lo que efectivamente ha dicho. El pueblo, espectador de su suplicio, comprende su condenacion en el sentido en que se ha pronunciado, y le insulta hasta en la muerte con estas burlas significativas: *« Ah! tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz »* (4); y cuando cubren las tinieblas á la tierra, y las rocas se hienden, y el velo del templo se desgarran, y la naturaleza toda anuncia á la humanidad que pasa allí alguna cosa grande, los espectadores y el centurion romano se golpean el pecho, diciendo: *« Verdaderamente este era el Hijo de Dios »* (5); y el apóstol San Juan termina su Evangelio con estas palabras: *« Estas cosas han sido escritas para que creais que Jesus es Cristo, hijo de Dios »* (6).

Así delante de sus amigos, delante del pueblo, ante los magistrados, en su vida, en su muerte, donde quiera, Jesucristo se proclama hijo de Dios, hijo único, hijo igual á su Padre, uno con su Padre, que está en su Padre, y su Padre en él. Este es el testimonio que da de sí mismo, su respuesta á la pomposa interpelacion: *¿Quid dicis de te ipso?* ¡Y qué respuesta, señores! Cómo! un hombre, un ser de carne y hueso, que tiene ante sí no solo las debilidades de la vida, sino las flaquezas de la muerte, un hombre! se atreve á llamarse Dios! Es la primera vez que sucede esto en la historia. Ningun personaje histórico antes ni despues de él se ha presentado como Dios. La idolatría tenia mil dioses; pero tenia un Dios supremo, á quien ningun otro igualaba; y cuando la adulacion mas baja decretaba la apoteosis á emperadores convictos de todo crimen por su vida, y de toda nada por su muerte, nadie veia en el incienso ofrecido á sus cenizas mas que una figura poética, la postrera adulacion de la esclavitud á la tiranía. Mahoma, que vino para reemplazar el reinado de

(1) San Marcos, cap. 14, vers. 63 y 64. — (2) S. Juan, cap. 19, vers. 7. — (3) S. Juan, vers. 9. — (4) S. Mateo, cap. 27, v. 40. — (5) S. Mateo, vers. 51. — (6) S. Juan, cap. 20, vers. 31.

los ídolos, no se tituló Dios, sino un simple enviado de ellos. Y si nos remontamos mas allá de la idolatría en la investigación de las mas altaneras imposturas, no descubriremos en lo interior de la India mas que narraciones sin cuerpo, siglos sin fecha, un abismo informe, donde nuestra vista no descubrirá un mortal auténtico tan osado que se haya dicho Dios formalmente y sin rodeos, con estas dos palabras inefables: *Ego sum*. El hombre no es capaz de tan valerosa mentira: esta es una extravagancia de inverosimilitud sobrado fuerte.

Y es tambien una extravagancia de inutilidad; porque ¿de qué puede aprovechar el darse por Dios? ¿Queréis establecer leyes, fundar un imperio? Esta es una ambicion humana, y concibo que no os presentéis como filósofos, porque todo el que conoce la historia sabe, que el que se presenta como filósofo, está seguro de quedarse solo en su pedestal. Así, un hombre de ambicion profunda no se presentará jamás de esta suerte. Dios es la piedra angular de todo edificio duradero. Su nombre, aun invocado por la impostura, es un cimiento eficaz, y era natural que antes y despues de otros, Jesucristo se hiciera pasar por enviado de Dios. Los hombres han aceptado frecuentemente esta idea; creen sin repugnancia en la intervencion de la Divinidad en los negocios humanos, y su fe aunque engañada á veces en la aplicacion, no lo es nunca en cuanto á la realidad de una Providencia que vela eternamente por su suerte. Así pues; si Jesucristo se hubiera llamado el hombre de Dios, hubiera dicho una cosa verosímil y útil; pero el mismo título de Dios, la apoteosis propia hecha por sí mismo, no hacia mas que crear dificultades á sus proyectos. Le era preciso en lo sucesivo sostener en todos sus actos el personaje de lo infinito; era forzoso que hasta en su muerte diera pruebas de su naturaleza divina, y que su sepulcro hablase de él como la eternidad. ¿Era esto humanamente factible?

Añadid otra consideracion que es relativa al estado de las creencias religiosas entre los judíos. Este pueblo solo tenia en su ley un dogma explícito; todos los demás, si bien los poseia en sus tradiciones, estaban como velados y faltos de relieve. La unidad de Dios, grabada al frente de las tablas del Sinaí, era para él el dogma por excelencia, el que recordaba y mantenía todos los demás, como la creacion, la caída del hombre, la inmortalidad del alma. Tocar á él aun de lejos, era tocar á Moisés, al Sinaí, á todos los recursos de Israel, á todos sus hábitos y respetos. Pero Jesucristo, al titularse hijo de Dios, aun sin romper la unidad divina, no entraba naturalmente en los oídos de aquel pueblo, que estaba acostumbrado por su

legislador y sus profetas á no conocer mas Dios que el que le habia sacado de Egipto y que le habia repetido tantas veces: *Yo soy el Dios único, solo á mí adorarás* (1).

Si pues Jesucristo no decia verdad vendiéndose por Dios, se habia creado sin motivo dificultades inexplicables.

Pero en fin, dejemos estas reflexiones preliminares, y veamos en dónde nos hallamos de la vida que vamos estudiando. Cualesquiera que fuesen los motivos que tuviera Jesucristo para no llamarse Dios, ello es que se llamó Dios: este es el hecho. Antes de investigar si decia la verdad, se presenta una cuestion intermedia, la de saber, si al llamarse Dios, creia lo que decia. Entre la afirmacion y la realidad, entre el decir y ser, se coloca la cuestion de la buena fe y de la sinceridad. ¿Creia Jesucristo en su divinidad? ¿Estaba convencido de este dogma íntimo, que establecia como base de su enseñanza y por el cual murió? ¿Era sincero, ó bien, perdonadme la expresion, era un impostor? No podemos dar un paso en su vida sin resolver antes esta duda. La humanidad entera, sin distincion de tiempos, de lugares, de pueblos, de leyes, de religiones, se divide en dos filas, en las cuales señala cada uno por sí mismo su lugar: la fila de los impostores y la de los sinceros. Los impostores han conducido con sobrada frecuencia á los sinceros; pero su reinado se hace traicion tarde ó temprano á sí mismo, y la sinceridad es para el hombre una necesidad que le honra, para el error un aroma que le hace menos amargo, para la verdad una corona que se busca en ella antes que todo. Sepamos pues, ante todas cosas, si Jesucristo lleva esta corona, si está ungido con este aroma, si tiene ese honor, sin el cual no hay ninguno. ¿Qué os parece, señores? ¿Habremos de colocarle en la fila de los impostores ó en la de los sinceros? ¿Era de los que han cubierto su ambicion con velos sagrados é hipócritas, ó de los que han preferido á todo, aun al buen éxito, el honor de una palabra sin mancilla, y tomado por divisa la divisa de los Macabeos: *Moriatur in simplicitate nostra?* ¿Muramos mas bien en nuestra sencillez! (2)

Esta es la cuestion.

Esta cuestion se decide por el carácter del hombre, y en su consecuencia pudiera yo decir, que la causa está juzgada en favor de Jesucristo. Porque nunca se ha levantado ninguna faz tan venerable en el horizonte de la historia; el simple curso del tiempo la ha so-

(1) Exodo, cap. 20, vers. 2 y 3. — (2) Macabeos, cap. 2, vers. 37.

brepuesto á todo, no dejando aparecer nada que pudiera compararse aproximadamente. Jesucristo, segun confesion de todos, aun de los que no creen en él, es un hombre de bien, un sabio, un escogido, un carácter incomparable. Ha hecho cosas tan grandes, cosas tan santas, que hasta sus enemigos rinden á cada instante homenaje á su obra y á su persona.

Hase podido oír, es verdad, en el pasado siglo á un escritor que tomó por divisa al designar á Jesucristo : *« Destruid al infame ! »* Pero esta expresion, señores, no ha podido pasar del siglo que la pronunció, se ha detenido trémula en las fronteras del nuestro, y despues ningun labio humano, aun de entre los que no son respetados, ha osado pronunciar esa palabra de una guerra impía. Ha permanecido pues en la tumba del primero que la habia pronunciado, y allí espera, despues del juicio de una posteridad que ya ha llegado, el juicio aun mas severo de la posteridad venidera.

Pudiera, pues, detenerme aquí, puesto que nada hay superior á un juicio universal, y que toda demostracion palidece ante una apreciacion que forma parte del sentido comun de los hombres. Pero quiero daros el gusto de analizar el carácter de Jesucristo, é investigar porqué armonía de bellezas morales aventaja infinitamente esa fisonomía á las figuras mas ilustres de todos los tiempos.

El carácter humano se compone de tres elementos : la inteligencia, que es el sitio de los pensamientos ; el corazon, que es la morada de los afectos ; la voluntad, que lo es de las resoluciones. La fusion de estos tres elementos es lo que determina por su medida todo tipo moral, y lo que le da su precio. No debemos, pues, buscar en otra parte el secreto de la perfeccion que notamos en el héroe del Evangelio. No hay duda que para los que le creen Dios, la divinidad está debajo y penetra todo el tejido visible, pero sin mudar nada á la naturaleza del alma ni á la del cuerpo. Jesucristo para constituir su fisonomía, no tiene en sí mas que pensamientos, afectos y resoluciones ; pero en un equilibrio tal y graduacion de matices, que forman su propio encanto y lo que tratamos precisamente de conocer.

No os engañaré, señores, al deciros de su inteligencia, que tenia por don y distintivo esa cosa que llamamos lo sublime. Lo sublime es la elevacion, la profundidad y la sencillez, fundidas juntas entre sí de un solo golpe. Cuando se anuncia al anciano Horacio que su hijo ha huido del combate en que se decidia la supremacia entre Alba y Roma, y cuando al ver su indignacion, le dicen para apla-

carle : *« ¿ Qué queráis que hiciese contra tres ? »* El anciano responde : *« ¡ Que muriese ! »* La palabra es sublime : es el grito del deber salido instantáneamente de una grande alma, y arrebatándonos de un golpe de todas las flaquezas que hablan en nosotros contra el sacrificio de nosotros mismos. Nada hay mas sencillo, pero nada mas elevado ni mas profundo. Dios ha dado al hombre la facultad de llegar á lo sublime en sus obras y escritos, pero solo en momentos raros y fugitivos. Los mas grandes hombres han sido sublimes cuatro ó cinco veces en su vida, como César cuando decia al barquero que le conducia en medio de una borrasca : *« ¿ Qué temes ? llevas á César. »* Pero la sencillez falta con sobrada frecuencia á las mas bellas acciones, ó bien, cuando estas son sencillas, no nos arrebatan á bastante altura, ó no encierran en sí una profundidad que nos dé bastante que pensar. Otro tanto sucede con nuestros escritos. No es raro encontrar en ellos armonía, gracia, belleza, y como un rio que nos conduce por entre gratas y floridas riberas, así nos dejamos llevar por páginas enteras. Mas de repente y como por acaso se erizan los cabellos, la respiracion se ahoga, la piel se contrae y una daga fria penetra hasta el alma.... esto lo causa lo sublime que ha aparecido. Pero no es mas que una aparicion, y por eso nos saca de nuestro estado natural, haciéndonos una especie de violencia súbita y corta.

No sucede así con Jesucristo. Sus obras y sus palabras llevan el sello de una elevacion, de una profundidad y una sencillez continuas, que hacen que lo sublime se halle en ellas como naturalizado y que ya no nos cause asombro, sin que por eso pierda nada de su imperio sobre el alma. Por eso, despues de tantas obras maestras de las mas famosas literaturas, el Evangelio ha permanecido en el mundo siendo un libro único, un libro reconocido inaccesible á la imitacion. Bienaventurados los pobres de espíritu (1), dice Jesucristo. ¿ Qué cosa mas sencilla ? y no obstante ; cómo nos arrebató sobre la tierra ! No fué mas rápido el ángel que asió á Habacuc y le arrebató de su campo hasta Babilonia. Tres palabras han bastado para trastornar nuestra ideas sobre la beatitud, sobre el valor de las cosas de la tierra, sobre el objeto de la vida, para arrancarnos á la codicia terrestre, y hacer que, como el águila, nos cernamos alegremente sobre los reinos. *¡ Bienaventurados los pobres de espíritu !* Esta frase será repetida en todo el mundo ; el alma que la haya oído

(1) San Mateo, cap. 5, vers. 3.